

de la Presentación, juzgó necesario hacer todos los esfuerzos posibles para conjurar la tormenta que los amenazaba. Corrió a Santa Cruz de la Sierra, expuso al Gobernador los males sin cuento que podían venir no solamente a los indios cristianos sino a los mismos españoles de aquella gobernación, si no se detenía con las armas la invasión de los paulistas. Entendida la gravedad de la situación, el Gobernador armó a ciento treinta españoles y se adelantó a la tierra de los Chiquitos para resistir al enemigo. Creyóse oportuno mudar la reducción de San Francisco Javier a otro sitio más cercano a Santa Cruz de la Sierra, para alejarla en lo posible del enemigo. Trescientos neófitos Chiquitos se armaron lo mejor que pudieron y se juntaron con los ciento treinta españoles. El P. Arce y los dos misioneros de San Francisco Javier acompañaban al pequeño ejército. Los paulistas llegaron en su avance hasta el sitio en que había estado la reducción, pero allí nada descubrieron, sino las huellas de muchos caballos, por lo cual sospecharon que allí andaba fuerza armada de españoles.

El general paulista Antonio Ferraz, quiso atraer por la política a los misioneros que se le habían escapado de las manos. Dirigió una carta breve pero cortés al superior o párroco de la reducción, protestando que no tenía deseos de hacer ningún daño e invitábale suavemente a volver con sus indios al sitio que había abandonado (1). Naturalmente los jesuitas no se tomaron la molestia de responder a esta carta, y exhortaron a los españoles a prevenir bien las armas y salir cuanto antes al encuentro del enemigo. El 19 de Agosto de 1694 llegaron a darse vista los dos ejércitos. Detuviéronse algún tanto, y en la noche siguiente los Padres de la Compañía oyeron las confesiones de los soldados y animaron fervorosamente a todos a cumplir con su deber. Al día siguiente salieron a campaña ambos ejércitos, y al empezar el tiroteo quiso Dios que un caballero español, llamado Andrés Florián, divisando al general enemigo, Antonio Ferraz, le disparase el arcabuz con tal acierto, que le derribó muerto en tierra. Al instante acometió él mismo con la espada al segundo capitán portugués Manuel Frias y le mató a estocadas (2). La muerte de

(1) El P. Burgés copió el texto de esta carta en un memorial dado en 1705 y de él la trasladaron el P. Charlevoix, *Hist. del Paraguay*, t. XIV, y las *Cartas edificantes*, t. VII, p. 412. (Citamos la traducción española del P. Davin.)

(2) Fernández, *Relación historial*, c. 5.

los dos cabos dispersó, como era natural, a todos los paulistas, que sólo trataron de salvarse con la fuga. Los españoles y los Chiquitos los siguieron con grande brío, disparando una tempestad de saetas y mosquetazos, con los cuales fueron cayendo en tierra casi todos los paulistas. Según dice el P. Fernández, sólo seis paulistas escaparon con vida y de los nuestros murieron seis españoles y dos indios. Fué increíble el regocijo de los nuestros por tan señalado y fácil triunfo, y lo que colmó la alegría de esta jornada fué que pudieron recobrar mil y quinientos indios cautivos que llevaba como rica presa el enemigo. Con esta señalada facción desvaneciése por entonces la tempestad que amenazaba por parte de los paulistas.

Algo más molestó e inquietó por algunos años a nuestros misioneros la sorda conjuración que hacían contra ellos varios españoles, quienes procuraban por todos los medios posibles *hacer piezas*, como entonces se decía, es decir, cautivar indios que luego vendían como esclavos en el Perú. Al piadoso caballero Agustín Arce de la Concha había sucedido en el gobierno de Santa Cruz otro hombre que no participaba de los mismos sentimientos. En vez de apoyar la acción de los misioneros, favorecía más bien la codicia de los mercaderes y era escandaloso ver cómo la misma mujer del Gobernador hacía negocio con la compra y venta de esclavos. Contrista el leer lo que escribía el P. José de Vargas al Provincial del Paraguay el 20 de Diciembre de 1695. «El mes de Octubre, dice, quisieron entrar algunos españoles en forma de campo a uno de los pueblos de Chiquitos que nuevamente se han descubierto. Embarazóse por medio del Señor Gobernador, presentándole varias provisiones reales y la provisión del Sr. Virrey del Perú; pero parece que la ciudad particularmente el vulgo, se ha conjurado contra toda la misión de Chiquitos, saliendo en repetidas cuadrillas y algunas de ellas fomentadas y aviadas por la Sra. Gobernadora, que a vueltas de su marido, es la más interesada en piezas y la que tiene más granjerías de esta miserable gente, no contenta con vender las piezas que consigue a los vecinos de Santa Cruz, sino despachándolas al Perú contra la cédula que hay del Rey sobre esta materia. A uno de nuestros pueblos entraron en forma de escuadra y le dieron avance de traición, sacándose cuantas piezas pudieron. De los otros pueblos han sacado cuantas han podido con libertad y crueldad, que no hay ojos para ver ni paciencia para disimular el estrago que

van haciendo a toda prisa en toda la provincia de Chiquitos, como hombres dejados de la mano de Dios» (1).

Esta inicua persecución de los españoles y la corrupción que podía resultar para los indios Chiquitos del trato con ellos y de la vista de sus escándalos, determinó a nuestros Padres a trasladar la reducción de San Javier a otro sitio más lejano de Santa Cruz de la Sierra. Lleváronla, pues, a las regiones del Norte, acercándola al país de los Mojos y la situaron donde todavía pueden verse en los mapas, a orillas del pequeño río Ducán, afluente del San Miguel.

6. Defendidos los indios Chiquitos de los paulistas por un lado, y de las codicias de Santa Cruz por otro, progresaron felizmente en la cristiandad y buenas costumbres. Varios misioneros enviados por la provincia del Paraguay se unieron a fundar otras reducciones; pero se detuvieron un poco por una duda doméstica que entonces se debatía, de la cual ningún conocimiento pudieron tener los seglares. Es el caso que se discutía entre nosotros si aquellas misiones debían pertenecer a la provincia del Paraguay o a la del Perú. Los Padres peruanos observaban que el territorio de Santa Cruz de la Sierra dependía inmediatamente del Perú y parecía enteramente separado de las gobernaciones del Paraguay y Tucumán. Algunos se quejaban de que la provincia del Paraguay hubiera fundado el colegio de Tarija y se introdujera demasiado hacia el Norte, invadiendo en cierto modo los países asignados a la provincia peruana. Llevóse la cuestión a nuestro P. General Tirso González. Este oyó y consideró despacio las razones que se le exponían por una y otra parte, y el 31 de Enero de 1696 envió la solución en esta carta dirigida al P. Lauro Núñez, Provincial del Paraguay.

«Tres puntos principalmente, dice el P. Tirso, veo muy controvertidos en las cartas de V. R. y de los Padres consultores sobre la misión de los indios Chiquitos y reducción de San Javier de Pinocas en ellos fundada y aun más adelantada que las reducciones de Chiriguanos. Primero, si esta misión de Chiquitos y reducción de Pinocas se ha de retener o abandonar. Segundo, si se conveniente, habiéndose de retener, que quede agregada a esa provincia del Paraguay o pase al cuidado de la del Perú.

(1) Lima. Bibl. nac., *Manuscritos*, 11, f. 10.

Tercero, en caso de quedar agregada a la del Paraguay, por dónde se le ha de dar comunicación, si por el río Paraguay o por tierra.

»Respondiendo a lo primero, digo que esta misión y reducción se ha de retener, según todos los Padres misioneros escriben y muestran el afecto del buen progreso de aquella gente, que es muy dócil y de fácil inclinación a la piedad y muy bien dispuesta a recibir la fe. Siendo esto así, y habiéndoles hecho Nuestro Señor el beneficio de comenzarlos a ilustrar y con accidente en lo humano bien impensado, debemos pensar ser de su servicio el de que con especialidad se asista a tan bien inclinada nación. ¿Si ha de quedar al cuidado de esa provincia del Paraguay o a la del Perú? Inclínome más a que quede al de esa provincia del Paraguay. Sea dicho en secreto y sin que nos oigan los vecinos. A la provincia del Perú anduvo mucho tiempo instando el Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, D. Agustín Arce de la Concha, para que enviase misioneros a esta nación de Chiquitos y no lo consiguió. No pasan de diez u once los misioneros que tiene en los Mojos, y siendo una provincia la más numerosa de las Indias, a muchos o los más de ellos (según vemos por sus cartas cuando en esta materia se les aprieta) les parece hacer mucho en este ministerio. ¿Pues cuán cortas esperanzas puedo tener de que a los Chiquitos se les asista de aquella provincia?

»Las dificultades que esa del Paraguay halla por la distancia, en que no podrán los Provinciales visitar las reducciones que allí se fundaren, ni remover los sujetos con facilidad, son comunes casi a todas las misiones de Indias que tiene la Asistencia de España. Las floridísimas misiones de Méjico ni son ni pueden ser visitadas por los Provinciales. La de Marianas, en Filipinas, es incapaz de visitarse. Las del Nuevo Reino de Granada sólo el infatigable celo del P. Altamirano ha podido emprender su visita y no de todas. La del Perú de los Mojos, ahí está a la vista, incapaz de ser visitada por Provinciales, y de las de Chile no hablemos. Aunque era muy conveniente que los Provinciales por sí mismo las pudiesen visitar, pero cuando la imposibilidad se ve, es forzoso acomodarnos a la providencia de un visitador de satisfacción del Provincial. Eso mismo podía seguir esa provincia en caso de reconocer ser imposible el que los Provinciales visitasen a los Chiquitos.» Respondiendo al tercer punto dice el Padre González que el comunicarse o por el Paraguay o por el Tu-

cumán con las misiones de los Chiquitos debe dejarse a la iniciativa de los misioneros mismos (1).

Recibida esta resolución, los Padres del Paraguay no vacilaron un punto. Desde entonces se aplicaron con tesón a sostener la reducción ya fundada y a promover cada vez más la empresa apostólica de los Chiquitos. Por Diciembre de 1696 se levantó la segunda reducción con el nombre de San Rafael. Dista de la otra, según el P. Fernández, diez y ocho días de camino. Empero observe el lector que este modo de medir distancias es verdaderamente incierto y engañoso, pues en América se dan casos en que en un día de camino apenas se podían andar una o dos leguas (2).

Fundaron este puebló los PP. Juan Bautista Cea y Francisco Hervás. Lograron reunir en él como un millar de indios Chiquitos, a los cuales fueron evangelizando y poco a poco recibiendo en el seno de la Iglesia por medio del santo bautismo.

Al año siguiente nació la tercera reducción, que se puso bajo el patrocinio de San José por indicación del buen José Campero, fundador del colegio de Tarija. Fundáronla los PP. Felipe Serra y Donoso de Avial, a los cuales se juntó algún tiempo después el P. Antonio Fideli, misionero italiano, que desgraciadamente duró poco tiempo en aquellos trabajos, porque le sobrevino la muerte el 1 de Marzo de 1702. Puede decirse que este Padre fué el primer difunto de aquella gloriosa misión. La cuarta reducción se llamó de San Juan Bautista y fué poblada principalmente por los indios llamados Jamaros. Los misioneros de ella fueron el Padre Juan Bautista de Cea y el futuro historiador de estos misioneros Juan Patricio Fernández, los cuales inauguraron el pueblo en el mes de Junio de 1699. Estos cuatro pueblos, los primitivos de toda la misión, pueden verse en los mapas, aunque no es seguro que conserven la misma situación que tuvieron al principio (3). Era bastante ordinario cambiar de sitio los pueblos, cuando observaban los misioneros que por una razón o por otra se hacía algo difícil la vida de los cristianos en los terrenos ocupados primeramente.

(1) *Cartas de PP. Generales*. A Lauro Núñez, Prov. del Paraguay, 31 Enero 1916.

(2) En el Atlas de Skobel aparece esta reducción a los 17 grados próximamente de latitud austral y a los 61 al Oeste del meridiano de Greenwich.

(3) En el Atlas citado de Skobel aparecen los pueblos de San José y San Juan al Sur de San Rafael, como a un grado de distancia.

Desde estos cuatro puntos de partida salían aquellos apóstoles fervorosos a buscar indios Chiquitos por los bosques y los atraían suavemente a aquellos centros de población cristiana. Gustará el lector de ver la descripción que el P. Fernández nos hace de la vida ordinaria de los misioneros cuando salían a buscar indios por los bosques. Oigamos a este hombre experimentado en aquellas correrías apostólicas: «Cogen, dice, y al presente cogen su breviario los Padres debajo del brazo, y con una cruz en la mano se ponían y ponen en camino, sin otra prevención o matalotaje que la esperanza en la providencia divina, porque allí no había otra cosa. Llevan en su compañía veinticinco o treinta cristianos nuevos, que a los Padres servían y sirven de guías e intérpretes y ellos hacen oficio de predicadores y apóstoles. Caminan ya treinta ya cuarenta leguas, siempre con un hacha en la mano para desmontar y abrir camino por la espesura de los bosques. Otras veces encontraban lagunas y pantanos que pasaban a pie con el agua a la boca, y para dar ánimo a los neófitos eran los primeros en vadear los ríos o en arrojarlos por los despeñaderos más difíciles o en entrar en las grutas y cuevas, con sobresalto y susto de estar allí escondidas las fieras o los hombres. Después de tantas fatigas y trabajos, no hallaban a la noche para reparo otro regalo que algunas raíces silvestres con que romper el ayuno, y algunos días no tenían con que apagar la sed sino un poco de rocío que quedaba entre las hojas de los árboles, y por cama la tierra dura, sin otro reparo contra los rigores de la noche que la sombra de un árbol o una estera sostenida de cuatro palos» (1).

En los años siguientes hasta 1705 progresaron con felicidad las cuatro reducciones ya fundadas. Entretanto desvelábanse los superiores y los misioneros del Paraguay por descubrir comunicaciones fáciles desde la Asunción hasta la tierra de los Chiquitos. La empresa tenía sus dificultades. Como lo exponía el P. Pedro Lascamburu, ir directamente de la Asunción a los Chiquitos, era caminar entre dos enemigos, entre los Guaicurús por un lado y los Papaguas por el otro. Ambas tribus solían acechar a los viajeros y observaban el momento oportuno de matarlos y saquearlos. Además era necesario atravesar grandes bosques y lo que allí se llaman tembladerales, es decir, terrenos falsos cubier-

(1) *Relación historial*, c. 6.

tos de maleza, «donde las cabalgaduras se hundían, dice el Padre Lascamburu, hasta las orejas. De este camino tan fragoso soy yo testigo de vista, pues una vez solamente que pasé por allí, los indios que iban conmigo me sacaban del lodo tirando como a bestia» (1).

En 1703, varios Padres enviados por el Provincial del Paraguay hicieron una excursión, siguiendo hacia el norte el curso del río y esperaron ponerse en comunicación con los indios Chiquitos. Al cabo de algunos meses hubieron de volverse sin haber logrado su objeto (2), por lo cual siguieron nuestros Padres paracuarienses comunicándose con los Chiquitos por el largo rodeo de penetrar al Occidente en el Tucumán, seguir a Tarija, de allí a Santa Cruz de la Sierra, y por fin volver hacia el Oriente hasta sus deseadas misiones.

Todos estos trabajos se toleraban de buen grado observando la cristiandad de los indios reducidos. Oigamos lo que nos dice el párroco de San José en la cuaresma de 1905: «No es fácil de decir, escribe el misionero, el fervor que estos santos días mostraron los nuevos cristianos en las cosas de Dios. Oían la palabra de Dios con gran gusto y no con menor fruto y compunción, de suerte que me parecía estar entre españoles muy piadosos. El acto de contrición que se usa al fin de los sermones, lo hacen con tanto sentimiento, que lloraban muchísimos. El cual mostraron también en la disciplina larga verdaderamente no poco, pero no tanto que satisficiera a su fervor, por lo cual costaba mucho el hacerles cesar, pidiendo a gritos misericordia a Nuestro Señor y repitiendo fervorosísimos actos de contrición y propósito de no ofender más a su Divina Majestad, principalmente en su innato vicio de la embriaguez, el cual con el favor de Dios se han olvidado completamente. Pero donde se conocía más su piedad y el verdadero dolor y arrepentimiento de sus culpas, era en el acto de la confesión sacramental, a que se llegaban llorando tan amargamente, que me saltaban a mi lágrimas a los ojos y me llenaban de increíble consuelo, dando gracias a la Divina misericordia que obra en gentes, de suyo tan bábaras y nuevas en la fe, tan prodigiosos efectos» (3).

(1) Río Janeiro. Bibl. nac., Mss. *Angelis*, n. 785.

(2) Véase la descripción de este penoso viaje en Fernández, *Relación historial*, c. 8.

(3) *Ibid.*, c. 7.

Tales fueron los resultados conseguidos en aquella misión en los diez o doce primeros años de su establecimiento. No podemos precisar el número de indios convertidos en este tiempo. En cierto certificado del Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, José Robledo de Torres, dado el 20 de Julio de 1699, se nos dice que los Padres de la Compañía entraron a los Chiquitos bárbaros y montaraces «a su propia costa y sin gasto alguno de la Real Hacienda y sustentándose de las raíces, monos, puercos monteses y galápagos que el acaso les ofrecía, andando por los montes a caza de los indios como de fieras con increíbles trabajos. Tienen ya convertidos más de tres mil de estos bárbaros, bautizados los más de ellos y ya reducidos a cuatro pueblos que distan de esta ciudad de cuarenta hasta setenta leguas y en ellos tienen levantadas iglesias conforme a su pobreza» (1).

Indica luego el Gobernador cuán justo sería favorecerles el Estado con algún subsidio que les ayudase a sufragar los gastos de aquellas incipientes misiones. Hagamos punto final en esta gloriosísima empresa, que se desarrolló considerablemente después de la muerte del P. Tirso González.

(1) Río Janeiro. Bibl. nac., Mss. *Angelis*, n. 786.